

CIRO BAYO SEGUROLA

Literat espanyol, figura menor però interessant de la generació del 98. Escrivia sobre temes americans, històrics i fou un imitador de la novel·la picaresca.

La seva vida va ser una contínua aventura, i els fets que vivia els reflectí en moltes de les seves obres.

Neix a Madrid el 16 d'abril del 1859. Fa els estudis de batxillerat a les Escoles Pies de Barcelona, de les quals fou expulsat per fer caricatures dels professors. Més tard passà a València i en tan sols setze anys marxà al Maestrat, per tal d'incorporar-se a una partida carlista, buscant aventura.

Fou fet presoner i va restar fins a la fi de la guerra al castell de Maó.

S'uní a un grup de còmics, amb els que es traslladà a l'Havana. El grup es dissolgué, afectat per malalties tropicals, i ell es quedà a la capital, treballant en diferents oficis per tal de poder subsistir.

El fet de guanyar un premi literari a la ciutat de Matanzas li donà l'oportunitat de repatriar-se a la Península; tan sols tenia vint anys.

Es traslladà a Barcelona, on fa la carrera de Dret, encara que no exerceix en aquesta professió, sinó que inicia llargs viatges per França, Alemanya i Itàlia, arribant a dominar molt bé els idiomes d'aquests països, la qual cosa ocasionà que fos autor de nombroses traduccions.

L'any 1900 es traslladà a l'Argentina i col·laborà amb el diari Buenos Aires. Més tard, li concediren una escola rural i, exercint el magisteri ambulant, va a cavall des de Tucumán (Argentina) fins a Sucre (Bolívia). D'aquest viatge va recollir abundants dades sobre el folclore i la llengua criolla, que més tard va publicar.

Durant tres anys va viure al Nord-Oest de Bolívia, entre colons i indis.

L'any 1900 es traslladà a la Península i inicià tot un seguit de viatges «*a pie y sin dinero*» per terres de Castella, Andalusia i Llevant, les vivències dels quals publicà en una col·lecció anomenada *El Lazarillo Español*. El llibre onzè, titulat *De Tarraco a Barcino* està dedicat a Catalunya.

En aquest viatge, aquest polifacètic personatge, va fer estada d'una nit a la nostra vila. A continuació els reproduïm les planes del llibre en les quals relata les vivències que hi va recollir.

Morí a Madrid l'any 1939.



LIBRO DUODÉCIMO

DE TARRACO A BARCINO

I

UN PUEBLO IDEAL

Los campos tarraconenses, si bien tienen mucho parecido con los que quedan atrás, son de paisaje más idílico, casi helénico.

El sol de Septiembre—que es el mes en que los atravesé—los baña de plácido resplandor y los ojos se alegran viendo los clásicos cultivos de la vid, del olivo y del almendro, que hacen labradores tocados con la *barretina* roja o morada, hermana gemela del gorro frigio.

Los pastores de la tierra son aficionados como ninguno a tocar el *flavlot* o caramillo, en ruda competencia con las cigarras atalayadas en los olivos. La ribera está tan cerca, que la brisa del mar mezcla su hálito salino con el aromático del espliego, del tomillo y del romero; y no pocas veces blancas gaviotas, dejando la playa, salen a dar una volada por el campo.

Sin gran esfuerzo, uno se representa sin querer, los paisajes silicianos de las églogas de Mosco.

* * *

Antes de llegar a Tarragona se pasa por un gran centro de población: *Reus*. Hay este dicho: *Reus, París y Londres*, con lo que pretenden echar en cara a los reusenses la valía de su ciudad. Lo cierto es que ésta supera en importancia a la capital de la provincia. En Reus nacieron, además, cuatro figuras contemporáneas: el general Prim, el doctor Mata, el pintor Fortuny y... Rosita Mauri, famosa bailarina de la Opera de París; variedad de profesiones que demuestra la flexibilidad de genio de estos catalanes, romanos por el carácter, griegos por el temperamento.

* * *

Pasado el Francolí empieza a verse la ciudad de Tarragona, un tiempo colonia romana y cabeza de la España tarraconense. Dispersados aquí y acullá se descubren soberbios vestigios del poder de Roma: las tres puertas ciclópeas de las murallas, el anfiteatro, el templo de Augusto, el arco que dicen de Bará y el grandioso acueducto, del que se conservan restos magníficos, pero no la traída del agua.

El mejor panorama que se disfruta en la ciudad es al extremo de la Rambla, desde una cornisa que hacia la derecha deja ver el mar azul y hacia la izquierda la verde campiña. Bájase por allí a los terrenos de la estación, y paralela a la vía férrea sigue

la carretera a Barcelona, que había de ser mi ruta, delicioso camino sesgado entre unos pinares y la marina.

Como es consiguiente, tomé un baño en el *Mar Latino*—como llaman los orientales al Mediterráneo, nombre que involuntariamente se pronuncia en este litoral tarraconense erizado de lumbreras y torres antiquísimas que sirvieron de faro a los nautas romanos.

Al internarme tierra adentro, di con un pueblo. Pregunté cómo se llamaba, y dijéronme que *Constantí*. Y en Constantí di por terminada la jornada de ese día.

Como quiera que ya las noches eran frías y no era cosa de dormir a manta de Dios, fui a hospedarme a una *fonda*, nombre catalán por excelencia; pues no estará demás saber que de la primera que se estableció en España, en Barcelona, como tenía honda la entrada, vinieron a llamarse así los demás establecimientos análogos.

Conste, pues, que mi alojamiento fué en fonda y no en *Hostal*, como llaman en Cataluña a la posada. Segunda declaración que hago, no tanto para que se vea que andaba viento en popa, cuanto porque ella es pertinente al asunto que voy a tratar.

* * *

Era una casa pequeña de un solo piso; arriba, un pasillo con las alcobas, y abajo, a estilo de posada, la cocina, el patio y la cuadra.

Como venía causado y hambriento, a prima noche

pedí la cena y me la sirvieron en seguida. La fonda parecía estar desierta de huéspedes, porque ama y criada se bastaban para el servicio.

Comiendo estaba, cuando entró en el comedor otro personaje que bien se veía no era forastero, sino vecino de la localidad. El ama le saludó por su nombre, y como si se tratara de un abonado a diario, le sirvió la cena en cuanto se sentó.

Lo cual hizo a otra mesa junto a la mía.

El hombre, muy campechano al parecer, y yo, que no le iba en zaga, luego simpatizamos y trabamos conversación.

Fueron los preliminares, los que se acostumbran entre personas que no se conocen y que nada tienen que decirse: la temperatura, el estado de las cosechas y demás zarandajas. Yo hube de contarle mi manera de viajar, y, entre otras cosas, alabé la hermosura del campo de Tarragona y los monumentos arqueológicos de la ciudad.

No lo hice a humo de pajas, porque di con persona instruída que, poniéndose a tono conmigo, añadió algunos comentarios, y entre otros el siguiente:

—*Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora, etcétera,* fueron un tiempo Tárraco famosa. Hasta este pueblo de Constantí se extendía la gran metrópoli, allá en la época de su esplendor, cuando los historiadores la atribuyen un millón de habitantes. Uno de los gobernadores romanos en este tiempo fué el famoso Poncio Pilatos, y es tradición que en esta villa tuvo su quinta de recreo. ¡Figúrese usted lo que entonces sería este rincón! ¡Qué animación! ¡Qué vida la suya, convertido en Capua de todo un gobernador de la

España citerior y en castro de legionarios que montarían su guardial ¡Qué ir y venir de literas y de matronas y patricios con séquito de esclavos! ¡Cómo retemblarían estas calles al paso de los milites ecuestres! ¡Qué sonora trompetería la de las cohortes a la salida y al regreso de una expedición guerrera!...

///Tatarará, tra/// //Tárara, tri, trill, sonó en este punto con bélica armonía un dúo de clarines.

—¿Hablaban usted de ellos?—exclamé al final de la tocata—. Pues ya resucitaron los romanos.

—¡Rara casualidad!—repuso mi interlocutor risueño—. Será algún escuadrón de caballería de los que van y vienen de Reus a Tarragona haciendo paseos militares.

Riendo el sucedido, seguimos charlando y manducando.

Al poco rato se oyó un ruido de espuelas en el portal, y apareció en el comedor un sargento de dragones.

—Buenas noches, señores—dijo—. ¿Está la patrona?

—¿Qué volla?—preguntó ésta, saliendo de la cocina.

—Soy el brigada encargado de alojar al escuadrón, y como aquí vendrán a hospedarse el capitán y los dos oficiales, vengo a que me enseñe usted las camas.

Como en catalán *camas* son piernas, la hostelera, que apenas sabía castellano, replicó indignada:

—¡Y'aral ¿Qué diu aquest «militroncho», que l'y enseñi las camas?

—¿Qué tiene esto de particular, patrona?—repuso

el sargento—. Necesito verlas para decir a los oficiales si son grandes y están limpias.

—¡Ya lo creo que están limpias!—replicó en su lengua la patrona—; pero yo no las enseñé más que a mi marido, y éste ya se murió. Conque usted verá.

—Señora Tecla—dijo a esta sazón mi contertulio, soltando la carcajada,—; las camas son los *llits* en catalán.

—¡*Ahl no m'en recordaba*—exclamó confusa la mujer—. *Vosté dispensi...* Venga, venga, que se las enseñaré con mucho gusto.

Y con mucha amabilidad llevó al brigada a enseñarle las camas.

—¡Parece mentira el *quid pro quo!*—dije a mi compañero—. Si lo cuento en Madrid, no lo creen.

—Pues pueden creerlo, y aun deben saberlo los gobernantes, porque equívocos como ese menudean entre castellanos y catalanes, que no se entienden. Lo cual trae, en ocasiones, malas consecuencias. Sin ir más lejos, oiga lo que pasó en este mismo pueblo hará cosa de un año. Un juez vino a tomar declaración a un herido que, como nuestra patrona, apenas entendía el castellano. Díjole éste que el agresor había sido *un home ab una manta*, y el otro entendió: un hombre con una amante. Hiciéronse investigaciones, y dió la casualidad que en el lugar del suceso se habían visto dos novios muy amartelados, los cuales fueron envueltos en el proceso hasta que se aclaró la equívocación,

—¿Esto es verdad?

—Tan verdad, que desde este hecho mis convecinos se han escamado tanto de los funcionarios foras-

teros, ayunos del catalán, que el Gobierno les manda, que no quieren nada con ellos, y casi casi se han declarado en cantón.

—Me deja usted con la boca abierta. ¿Cómo es posible esta anarquía?

—No es anarquía; es, sencillamente, una huelga de ciudadanos.

—¿Cómo se entiende?

—La villa de Constantí, sobre no tener ningún funcionario forastero, que para nada los necesita, pues ya saben venir cuando les conviene, se singulariza desde hace nueve meses por el hecho inaudito de no tener Ayuntamiento. Trátase de un pueblo de importancia que tiene unos dos mil quinientos habitantes; produce vino, cereales, aceite; fabrica aguardiente y papel; vive tranquilo y feliz, y, sin embargo, no tiene quien lo administre. Entre las muchas virtudes de mis convecinos sobresale su excesiva modestia. Ninguno quiere ser alcalde, ni concejal, ni cosa que lo parezca; ni hay quien transija con que lo sean los demás. Había un secretario, éste era yo, y hace tres meses, abrumado por la soledad del despacho, dimití, o, por mejor decir, me declaré cesante, porque no sabía a quién presentar mi dimisión. Dos veces se ha convocado a elecciones municipales, y ninguna se han presentado los candidatos indispensables para formar Municipio, ni los electores han acudido a las urnas (1).

—Y el Gobernador de la provincia, ¿qué hace a todo esto?

(1) Histórico.

—¿Qué ha de hacer? Dejar que ruede la bola. Pero vinieron las quintas, y ha sentido la necesidad de entenderse con alguien. Su delegado compoundrá un Ayuntamiento en Constantí con ex concejales o como Dios le dé a entender. Y se considera muy probable que, en cuanto pase esto de las quintas, se vaya cada concejal a su casa y no vuelvan a aparecer por el Ayuntamiento.

— Me deja usted patidifuso con este cuadro de la España pintoresca.

—Y lo que te rondaré, morena, porque aún no se ha dicho todo.

Mas como en esto se oyera ruido de voces y sables arrastrando, suspendimos la plática. Eran los tres oficiales de dragones que venían a alojarse en la fonda por aquella noche, pero que antes pidieron de comer. Sentáronse en mesa aparte, y nosotros anudamos la conversación.

II

SIGUE LO MISMO

Habla el ex secretario municipal, de nombre Carrillo.

—Pues, como iba diciendo, en esta huelga concejil me quedé en la calle, y como soy soltero y no tengo familia, vivo en esta fonda esperando mejores tiempos, porque esto no puede seguir así.

—Y ¿quién cobra los impuestos municipales? ¿Quién cuida de la policía urbana?

—Nadie; porque, como no se paga a los emplea-

dos, no hay quien quiera serlo de balde. Con esto ha ganado el pueblo, porque los vecinos se cuidan de todo, repartiéndose por calles el servicio de limpieza, de alumbrado y demás.

—Pero la justicia, ¿quién la administra? Porque este vecindario no será un coro de ángeles.

—Al delincuente en gordo se le envía a la capital para que los Tribunales se las entiendan con él; las simples querellas se dirimen en juicio verbal.

—En este caso, ¿habrá tribunal, habrá letrado?

—El tribunal lo componen cuatro hombres buenos, y aquí sí que reza aquella definición: «Justicia es, lo que de cuatro quieren tres», contando con el fiscal. Letrado no hace falta, porque se juzga por equidad; pero en consideración a mis servicios y a mis conocimientos forenses, soy yo quien asesora al Jurado, y estos son los únicos gajes que me ayudan a capear el temporal.

—¿Es usted abogado?

—A medias. Empecé la carrera, pero no la acabé. Me suspendieron en la asignatura de Derecho civil y refí con la Universidad.

—Sería usted mal estudiante...

—Todo lo contrario; fuí modelo de estudiantes. ¡Como que empleé todo el curso en poner en verso el Derecho civil!

—Sí, vamos, se sintió usted Carulla, que, como es sabido, hizo lo mismo con la Biblia.

—Llegaron los exámenes —siguió diciendo mi contertullio, sin hacer caso de la alusión—, y mis compañeros de aula retáronme a que pusiera de manifiesto mi obra en público certamen; esto es, a que contes-

tara en verso a las preguntas del examinador. Cruzáronse apuestas, y yo los empecé para el día oportuno.

—¿Cómo se le ocurrió tamaño dislate?

—Me imaginé que el catedrático me escucharía embobado, que trascendería el hecho y que algún editor de Barcelona me pediría la obra. Llegó, pues, el día del examen, y es inútil decir que el aula estaba atestada, porque entre los escolares había corrido la voz de que yo contestaría en verso a todas las preguntas del examinador.

—No fué pequeño el compromiso—repliqué, por decir algo.

—Tenía la seguridad de salir airoso de mi empeño, a lo menos en aquellas preguntas que requieren definición breve y categórica. Verbigracia: —Pregunta: ¿Qué es Jurisprudencia? —Respuesta: *Justi atque injusti scientia*. —¿Qué es Derecho natural? —Lo que natura enseña al animal. —¿Qué es ley? —Lo que mandan las Cortes con el Rey. —Etcétera, etcétera. Salí tan airoso, al menos así lo supuse, que al salir del aula me gané una ovación y me gané también las apuestas...

—Y, en último término, se ganó usted unas calabazas—añadí, redondeando el período.

—Lo adivinó usted. El catedrático de la asignatura, o porque tomara a chacota mi manera de contestar, o porque entendió que mi tratado poético hacía la competencia a su obra de texto, me suspendió, y el tribunal fué tan inicuo que confirmó el fallo, en vez de ceñirme una corona de laurel.

—Tal creo —repuse—, porque las respuestas, lejos

de ser incongruentes, parecen acotaciones de la *Instituta* y de las *Siete Partidas*.

—Paréceme—respondió Carrillo—tratar con persona perita que me da la razón. Por ello, porque me dolió la injusticia del fallo, dime de baja en la Universidad de Barcelona, que es donde ocurrió el suceso.

—¿Y decía usted que en Constantí ejerce de abogado?

—De leguleyo nada más. A bien que la justicia que yo asesoro es la meramente distributiva: dar a cada uno lo que le pertenece, y todos mis dictámenes están inspirados en la equidad.

—Pues trabajo le doy, porque la equidad es la base de las leyes escritas, y a pesar de éstas y de aquélla, los jueces se ven negros para fallar.

—Por esto cabalmente; porque estos señores se ven muchas veces, como el asno de Buridán, entre el agua y la cebada y no saben por dónde tirar; yo prescindiendo del sentido legal de la justicia y aplico sin vacilaciones el sentido moral.

—También esta aplicación del derecho la hallo más difícil que la interpretación de la ley. Para la última basta ser un mediano jurisconsulto, mientras que para la otra se necesita ser todo un sabio Salomón.

—No tanto; ingenio y sagacidad, condiciones que creo reunir, aunque me esté mal el decirlo.

—Y la gente de Constantí, ¿se aviene a estos procedimientos?

—Con mil amores. Los encuentran rápidos y expeditos, sin las excepciones dilatorias de los otros, en

que se gastan tiempo y dinero. Para que se entere usted, voy a contarle este caso, que en otra parte hubiera sido argumento de un enojoso juicio de faltas, y aquí, en Constantí, se ventiló en un santiamén. Yendo un hombre cargado con un haz de leña, vió venir a un vecino, al que hubo de llamar la atención, gritando: «¡Ahí va, ahí va! ¡Cuidado!» El vecino, que sin duda iba distraído, no pudo evitar el encuentro, y una astilla le rasgó la chaqueta. Sin más dilación, llamó al tribunal de los hombres buenos, pidiendo indemnización del daño. En seguida se citó al hombre de la leña. Frente a frente demandante y demandado, el tribunal oyó los cargos del de la chaqueta rota y preguntó al otro qué tenía que decir. El hombre de la carga no chistaba, sin duda por cortedad.

—¿Estás mutlo?—le preguntó uno de los hombres buenos.

—No es que esté mudo—se apresuró a contestar el de la chaqueta—; es que no sabe qué decir en su defensa. ¡A fe que buenas voces daba cuando me topó! A gritos me decía: «¡Aparta! ¡Ahí va!»

—Ya lo oís, señores jurados—contesté yo, en mi calidad de asesor—. Debéis absolver al demandado, porque este hombre le ha defendido mejor de lo que el otro pudiera hacerlo.

El de la chaqueta se vió cogido en sus propias redes, y se retiró con las orejas gachas.

—No está mal, señor Carrillo; es un rasgo de ingenio que envidiaría Salomón.

—Pues tocante a olfato policíaco oiga este otro caso, mucho más grave, que dilucidé también, sin

molestias de citas ni careos de testigos. En un *más* —como llaman aquí a las alquerías—encontraron al amo asesinado. Como el asunto no era de la competencia de los hombres buenos, se dió parte a Tarragona. Pero antes fui yo al lugar del suceso, acompañado de dos mozos de escuadra. Entre otros criados del *más*, vi un hombre que hacía grandes demostraciones de duelo, y que por cierto fué quien trajo el aviso del crimen. En cuanto le eché el ojo, dije a la pareja:

—Este es el asesino.

—¿Cómo lo sabe usted?—replicó el *más* antiguo de los guardias.

—No hay más que fijarse en este detalle—repliqué—. Hoy es jueves, y ese hombre lleva la camisa limpia.

No me equivoqué. La pareja estrechó a preguntas al presunto criminal, y éste lo confesó todo, encontrándose después la camisa manchada de sangre de que se había despojado. Con esto, los guardias se lo llevaron preso a Tarragona y la Justicia se ahorró el viaje a Constantí.

—Señor Carrillo, es usted un portento, un hombre colosal. ¿Pero esto le produce?

—Así, así; las propinejas, que yo llamo honorarios, que quieren darme las partes beneficiadas, y algo es algo.

III

EL «HEREU» Y LA «PUBILLA»

Creo haber dicho que cerca de nosotros cenaban también los tres oficiales de caballería.

Serían castellanos de pura cepa, a juzgar por el limpio acento y la dicción castiza de sus palabras. Bien es verdad que para soltar las lenguas y lubricar las gargantas menudeaban las libaciones del *Priorato* de la tierra.

Esto daba animación al comedor, amén de las frecuentes entradas y salidas de ordenanzas, cabos y sargentos que venían a dar el parte al capitán del escuadrón. Como el tema de Constantí estaba ya agotado, di un vuelco a la conversación con Carrillo y le espeté esta exclamación, a ver lo que decía:

—¡Qué bien me suena el habla castellana, después de tantos días de oír hablar catalán!

—¿No le gusta a usted nuestra lengua?—repuso él.

—No me disgusta; pero me parece mejor el castellano.

—En cambio, a nuestra patrona le parecerá mejor el catalán. Eso es a lo que uno está acostumbrado.

—¿Y usted qué dice, señor Carrillo? Sea usted imparcial, porque le advierto que soy de la manga ancha. Habla con un madrileño criado en Barcelona, y, por consiguiente, un tantico aficionado a la región.

—Pues digo que sin negar la majestad, abundancia y sonoridad de la lengua castellana, la lemosina,

provenzal o catalana—que con los tres nombres se conoce—no cede a ella en abundancia y lozanía. Díganlo, si no, *Mireya*, de Mistral, y *La Atlántida*, de Verdaguer, clásicos modelos del provenzal y del catalán de nuestros días, aunque con la natural diferencia de los diptongos, de la ortografía y de las conjugaciones. ¿Las ha leído usted?

—Las he leído y admirado.

—Pues tienen mucho parecido con las *Cantigas* del Rey Sabio, en las que por cierto se observan muchas analogías con el catalán, en palabras y hasta en frases.

—Norabuena todo eso; pero buena diferencia va del lenguaje literario al corriente, al que se habla. Lo que más disuena al oído de un hijo de Castilla es la pronunciación catalana.

—Hay dos grandes divisiones por lo que hace a las diferencias locales de pronunciación en Cataluña. En esta parte del *Priorato*, como en Valencia y Lérida, se pronuncia el catalán con más limpieza, y, en general, como se escribe. Más allá del Priorato, en Barcelona y Gerona, las vocales son menos limpias y aun se sustituye la acentuación de las sílabas. Pero estas son nimiedades, porque lo mismo pasa en las provincias de habla castellana.

—Aun así, soy de sentir que en estas provincias a que usted se refiere, sobre todo en las meridionales, por la mayor delicadeza, volubilidad y calor de la fantasía de sus moradores, el idioma castellano ha adquirido mayor grandeza y adelantamiento, incomparable fuerza y viveza.

—Querrá usted decir más énfasis.

—Pues este énfasis, señor Carrillo, es la característica entre ambos pueblos. El castellano, sin duda por haberse sentado en el solio de los Reyes de España y por su expansión imperialista—hablo de las Américas—, puso en su lenguaje el sello de las nobles pasiones, de la emulación y de la gloria; ciertos toques derivados de los muchos y diversos sucesos en que han intervenido quienes lo hablaron. Los catalanes, como inclinados o resignados al tráfico, al interés y a la solicitud, han forzado al lenguaje a regularse por el mismo camino. En su carácter y pronunciación, el catalán lleva cierta dureza, algo de la dantesca «*avara povertá di Catalogna*» (canto VIII del *Paraiso*), y que hace que se maneje con aquella dificultad que suelen los miembros ateridos de frío.

—En esto estamos conformes, sí; es innegable que el *hereu* ha desbancado a la *pubilla*, porque de la alianza matrimonial entre ambos vino el cambio de carácter y el desmedro de Cataluña.

—Y para remachar el clavo debe usted añadir:

¡Ay Castella castellana,
si la terra catalana
ne t'hagués conegut may!

—No voy tan lejos—repuso Carrillo—. Estas son exageraciones de los *renaixensos*. Es que opino como usted. Con la hegemonía castellana, los nietos de los almogávares colgaron sus armas, y los caballeros catalanes, con raras excepciones, ya que no podían ser cortesanos y caudillos, se hicieron comerciantes y fabricantes. La *pubilla Cataluña* entendió que era pasado el tiempo de las expediciones por su cuenta

a las islas de Italia y al Oriente; vió que el Mediterráneo era vencido por el Océano y se resignó a hilar la rueca, a cambiar sus castillos por fábricas y sus bajeles por naves mercantes, dejando al *hereu Castilla* las empresas militares y el aumento del patrimonio.

—¿Y qué tal lo hizo el *hereu* en opinión de usted?

—Bastante mal. Abarcó demasiado, y se quedó sin nada. Ultimamente se jugó al as de espadas las últimas posesiones que le quedaban en América y Océana, y las perdió.

—¡Buena se pondría la *pubilla*!

—Figúrese usted. ¡Se indignó! Llamó al orden al *hereu*, le amonestó a que cambiara de política, a mirar por la casa y acrecentar el mayorazgo con el trabajo y el ahorro. En poco estuvo que le entablara demanda de divorcio. El *hereu* vino a razón con gran regocijo de la *pubilla*, a quien ello le trae mucha cuenta. En menos de quince años figura en primera línea entre los mineros, navieros, agricultores e industriales de Europa.

—De modo que lo que por ahí se dice...

—Es una nubecilla conyugal por cuestión de intereses. Mientras el *hereu* lleve cetro y corona y administre bien, la *pubilla* tan contenta.

—Más vale así.

.....
 Con tan alegre derivación de la tendenciosa cháchara dimos fin al coloquio, a gran satisfacción de la patrona, que, por haberse retirado ya los oficiales, le dolía la luz que gastábamos en el comedor.

Dímonos las buenas noches Carrillo y yo, y con

esto nos despedimos, pues no habíamos de volvernos a ver.